

tras costas, y levantó esa tempestad sombría que envolvió á la República sepultándola como á Herculano y Pompeya en un torrente de lava y de cenizas. ¿Por qué he de desmayar al fin de mi jornada?

Seguiré adelante hasta saludar el sol de la libertad reapareciendo en el horizonte desgarrando las nubes de plomo que lo velaban. Sus rayos iban á alumbrar una tumba reciente y secar de sus bordes las últimas gotas de sangre que habian chorreado del régio cadáver que allí se depositara.

Tambien á ese cadáver debo tributar el último homenaje.

IV.

La pequeña y humilde celda del convento de Capuchinas era el sitio donde se representaba un drama terrible.

Magnus, Lago, Hoorrickx, Curtopassi y Forest habian llegado á Querétaro llamados por Maximiliano. Con ellos habian venido Riva Palacio y Martinez de la Torre, defensores del archiduque, quienes habian partido para San Luis á solicitar del gobierno la gracia del prisionero. Ortega y Vazquez, patronos tambien del archiduque, permanecieron á su lado para llevar su voz en la defensa frente al consejo de guerra.

Cuando la sumaria estuvo en estado de verse en consejo, éste se reunió, apesar de la cuestion de competencia que promovian los defensores.

Era el dia 13 de Junio de 1867..... siempre el número trece proyectando su fatídico reflejo sobre la vida de Maximiliano.

En la mañana, á las ocho, quedó solo el archiduque en su celda. Sus dos generales habian sido llevados ante el tribunal, y los cuatro abogados los acompañaban.

Aquellas horas de expectativa, durante las cuales se disenta una cuestion de vida, deben haber sido terribles para

Maximiliano. En aquella soledad que solo interrumpian los pasos acompasados de los centinelas, un frio de muerte sacudió sin duda con su rápida trepidacion aquel corazon de héroe.

A las once del dia llegó el fiscal acompañado de su secretario á certificar que el prisionero no podia asistir al consejo de guerra, como lo habiamos asegurado ya los médicos que lo vimos. Terminada esta formalidad se retiró.

Tan terrible expectativa se prolongó durante muchas horas, hasta que el fiscal tornó á comunicarle que habia sido condenado á muerte. El emperador oyó con tranquila dignidad aquella sentencia. Dos soles habian pasado sobre su existencia sin que los sintiera, aguardando tan solemne desenlace.

Con él debian morir sus dos generales, quienes habian vuelto á su prision, despues del consejo, tan serenos como habian salido de allí.

Apenas se conoció el resultado del juicio, una inmensa súplica se levantó de todas partes pidiendo á Juarez el perdón de los reos; pero todo fué inútil.

La sentencia debió ejecutarse el domingo 16 de Junio á las dos de la tarde: pero el gobierno concedió una próroga de tres dias, por haberlo impetrado así los defensores.

Estos creyeron sin duda que así dispondrian de tiempo suficiente para obtener el indulto: si no, jamás habrian tal vez intentado prolongar por tanto tiempo la dolorosa agonía de los condenados.

Pero Maximiliano, quien por mas que se haya dicho jamás creyó en su salvacion, empleó aquellos dias en arreglar todos sus negocios de corazon; jamás tuvo otros.

Sus amigos, sus recuerdos de familia, fué lo único que lo ocupó en los últimos momentos. Sin esa jactancia de valor que siempre oculta un resquicio de miedo, sino con serena

dulzura, escribió á todas las personas á quienes creia deber un afecto ó un servicio.

Cuando concluyó con sus sentimientos terrestres pensó en el cielo..... y se postró de rodillas á los piés de su confesor. Aquel rey era mas grande haciendo su tocador de la muerte que soñándose lleno de magestad en el palacio monumental de Caserta.

El dia 18 de Junio estaba yo en el hospital militar situado fuera de la ciudad, en la fábrica de Hércules, cuando recibí una triste indicacion. Uno de los defensores del archiduque, me invitaba á que practicara juntamente con el doctor Siroub, el embalsamamiento del emperador. Aun no se calculaba entónces que el gobierno se encargaria de confiar esta operacion á otros médicos; por eso no tuvo resultado la exitativa.

En la noche de ese dia entré á la ciudad, y me dirigí al cuartel general: allí encontré á Doria, quien me tendió un papel á fin de que lo leyera: el jóven coronel estaba pálido, y sus ojos se habian humedecido.

Tomé la pequeña esquela dirigida á Escobedo, y leí lo siguiente:

Querétaro, Junio 18 de 1867.

“Señor general:

“Deseo, si me es posible, el que mi cuerpo sea entregado al señor baron de Magnus y al señor doctor Samuel Basch, para que sea conducido á Europa, y el señor Magnus se encargará de embalsamarlo, conducirlo y demás cosas necesarias.

MAXIMILIANO.”

Yo me estremecí, porque aquello era horrible. Un joven radiante de juventud, de valor y de inteligencia, disponiendo de su cadáver que al día siguiente estaría rígido, frío y sangrando por las heridas de cinco balas, sin lucha y sin combate.

He reproducido esta carta testualmente y sin alterar su estilo ni su ortografía: toda estaba escrita de puño y letra de Maximiliano, sin que se notara una sola vacilación en su mano al escribirla. El príncipe tenía un gran corazón.

Por fin amaneció el 19, y con esa rapidez con que pasa la aurora en aquellos días de verano, muy pronto estuvo el espacio inundado de luz, sin que la saludaran esos tiernísimos gorgoros del ave, ni el impalpable y perfumado aroma de la flor.

En la celda de Maximiliano había un silencio fúnebre; solo se oía chisporrotear la cera de las velas que ardían en el altar que allí se improvisó, y cuyas llamas se opacaban con la luz matutina.

Los leales y últimos amigos de Maximiliano estaban horriblemente pálidos, y en sus ojos se adivinaban las huellas del llanto; pero nadie se atrevió á llorar delante del príncipe que mostraba un valor tan sereno.

Se oyó el redoble de los tambores que tocaron llamada; el tropel de la caballería que debía escoltar á los reos de muerte; el ruido de los carruajes que debían conducirlos al suplicio, y al fin, el paso acompasado de la escolta que venía por ellos.

Maximiliano recibió con una dulce sonrisa al oficial que llegó á decirle que ya era hora: ni encono demostró jamás á los que lo habían vencido, juzgado y sentenciado. Pidió un pañuelo grande á fin de cubrir su hermosa barba para que no se incendiara con la explosión tan cercana de los fusiles: nada olvidó, y quería que su madre pudiera contemplar su rostro no desfigurado; por eso encargó á los soldados del peloton, que le apuntaran al pecho.

Se despidió de sus amigos, entregó á su médico su anillo nupcial, dió á los presentes las gracias por los servicios que le habían hecho, y salió entre la hilera de soldados, admirando la belleza del cielo, y diciendo que en un día como aquel había querido morir.

La fúnebre comitiva se alejó, y todo quedó sumido en religioso silencio.

Pasada media hora, se escuchó una fuerte y triple detonación.

Maximiliano, Miramón y Mejía habían dejado de existir.

Poco después el cadáver del emperador fué depositado en la iglesia de Capuchinas. Llegaron los médicos nombrados para hacer el embalsamamiento, y al punto comenzaron su operación.

Los cuerpos de los dos generales del imperio habían sido entregados á sus familias.

La ansiedad de los demás prisioneros que debían ser juzgados á su vez por la terrible ley de 25 de Enero de 1862 comenzó entonces con más vigor, porque no creían salvar de una pena cuando la habían visto caer sobre cabezas tan altas.

Olvidaban que el rayo descarga siempre sobre las alturas.

¿Qué pasaba entretanto en la capital de la República?

Porfirio Díaz llegó en seguimiento de los derrotados de San Lorenzo hasta las orillas de México, y estableció allí su campamento.

Dentro estaba encerrada la hiena.

Luego que fué ocupado Querétaro, Escobedo desprendió de su cuerpo de ejército el mayor número de fuerzas posibles, para que ayudaran al sitio de México.

El general Díaz pudo entonces establecer su línea de

circunvalacion. Se inundaron los potreros, se cortaron las calzadas, se abrieron paralelas, y se hicieron obras avanzadas hasta muy cerca de las garitas.

Nada se desatendió.

Hasta un periódico se fundó en el campo sitiador.

Es que, no debo olvidarlo, entre tantos jóvenes llenos de patriotismo y de porvenir, que siempre rodearon al héroe de Oriente atraídos por la luz de su gloria, venia un periodista republicano que habia preferido comer el pan acre de la emigracion, antes que pisar el suelo profanado por el extranjero. Era Pantaleon Tovar, el poeta, el novelista, el demócrata tenaz que habia sabido afrontar todas las amargas decepciones que se descargaron sobre los primeros sostenedores de la causa de la reforma. Despues de sufrir una larga peregrinacion llena de peligros y miserias, volvia á su ciudad querida, adonde habia sabido elevarse solo, de su condicion oscura, á fuerza de lucha y de estudio.

Tambien debo recordar á Perez Jardon, que habia seguido en toda la campaña á los republicanos de Michoacan, como los bardos irlandeses seguian al combate, á la derrota y á la muerte á los hombres de sus clans, y sus higlanders.

Todo era animacion en el campo republicano. Porfirio Diaz, que ha sabido hacer compatible la guerra con la civilizacion, abrió sus líneas á todos los habitantes de México que iban á refugiarse á ellas huyendo de las últimas vejaciones de los imperialistas.

Porque Márquez seguia las brutales tradiciones de su pasado y de su partido.

El lugar-teniente del imperio, mas bien dicho, de la capital, habia levantado nuevas fuerzas para reponer sus pérdidas de San Lorenzo, con esa rápida facilidad con que se improvisan batallones en México.

Las tropas extrangeras tambien se habian repuesto de las pérdidas que tuvieron en su gloriosa fuga, en esa victoria

que alcanzaron huyendo durante veintisiete leguas, segun d'Hericault. Pero los gefes que las mandaban se independieron de los imperialistas mexicanos.

Los coroneles Kodolich, Kevenhuller, Vickembourg, Hamerstein, y los comandantes Chenet y Kliekzing declararon que no se humillarian sirviendo bajo las órdenes de un general que abandonaba sus tropas al principio de la batalla, que en el momento del peligro se pondrian á las órdenes de Kodolich, y que si la ciudad se rendia ellos capitularian por su propia cuenta.

Pero nada de esto importaba á Márquez; solo queria ganar tiempo y hacerse de recursos. Por eso se repitieron en México las exacciones y las violencias de Querétaro. La poblacion fué saqueada, sus habitantes plagiados, y las clases pobres quedaron sumidas en la miseria.

Y en medio de todo esto, Márquez, Arellano y sócios, mintiendo, fingiendo triunfos, publicando que Maximiliano llegaba á Toluca victorioso: la táctica antigua reaccionaria.

Pero al fin se trasparenteó la verdad, y la poblacion supo la prision de Maximiliano. El mismo dia 19 de Junio en la noche, se supo el fusilamiento del emperador y de sus tres generales.

La desmoralizacion entre los defensores de la plaza fué terrible.—Márquez, que tanto inculpa á Arellano el que este se haya escondido en Querétaro, fugándose por las azoteas, mientras el soberano se entregaba prisionero con tanta dignidad; Márquez, á su vez, se escondió empolvando los bordados de su uniforme y sus cruces y medallas, mientras que los altos empleados del órden civil, los ministros, sub-secretarios y consejeros, permanecian en sus puestos.

Tambien desaparecieron Vidaurri, O'Horan, Galvez, Arellano y otros. Entonces Tavera y los gefes de los cuerpos entraron en conferencias con el cuartel general republicano. Por fin, en la madrugada del dia 22 de Junio los liberales

ocuparon la capital de la República, haciendo mas de dos mil prisioneros entre gefes, dignatarios y empleados del imperio.

La monarquía habia concluido para siempre.

Algun tiempo despues el gobierno constitucional tornaba á la capital pasando bajo mil arcos de triunfo y en medio de una ovacion sin igual.

Juarez, la gran figura de nuestra historia contemporánea, entraba á la capital de la República el dia 15 de Julio de 1867. Era el justo premio que le concedia el pueblo mexicano por la constancia y el valor con que habia salvado en medio de aquella tormenta, la bandera tricolor.

¿Qué habia quedado de tanta grandeza?

Un cadáver rígido y envuelto en su vendage egipcio, colocado en su caja mortuoria y depositado en Querétaro en un entresuelo de la casa de Muñoz Ledo que se habia designado para palacio del gobierno. Una loca vagando en su castillo sin recordar su inmensa desgracia; hé aquí el epílogo de la obra mas grande del reinado de Napoleon III.

El mismo dia del fusilamiento del emperador, el ministro de Austria suplicó al gobierno mexicano que se le entregase el cadáver para conducirlo á Europa. Al dia siguiente el ministro de relaciones del Sr. Juarez contestó que tenia motivos graves para no acceder á la demanda.

En 29 de Junio de 1867 el ministro de Prusia insistió con igual súplica, y el 27 de Julio el Dr. Samuel Basch hizo semejante gestion, pero el gobierno negó á ambos su pedido.

Por fin el dia 25 de Agosto del mismo año llegó á Veracruz el vice-almirante austriaco Tegetthoff. El 2 de Setiembre entró á la capital, y el dia 3 se presentó al ministro de relaciones participando que solo venia con el carácter de amigo de la familia reinante, y que su mision era puramente confidencial para pedir el cadáver del archiduque. El Sr. Lerdo contestó el dia 4, que solo podia accederse á su peti-

cion si fuera precedida de un acto oficial del gobierno de Austria, ó de un acto espreso de la familia del archiduque.

El dia 26 de Setiembre de 1867 dirigió el ministro de la casa imperial, Beust, canceller del imperio, una nota al ministro de la República mexicana, pidiéndole su benévola interposicion á fin de que el presidente mandase entregar al vice-almirante los restos de Maximiliano. El ministro hablaba á nombre de su Magestad imperial y real apostólica.

Entonces el Sr. Juarez mandó se entregase á Tegetthoff aquel cadáver.

El dia 12 de Noviembre de 1867, á las cinco de la mañana, dos carruages escoltados por una fuerza de trescientos caballos, hizo alto en la puerta del hospital de San Andrés de México. La mañana estaba fria, nebulosa y oscurísima. Despues de algunos momentos de espera, salió del hospital una comitiva conduciendo un atahud: dentro de él yacian los restos del príncipe Maximiliano de Hapsburgo.

Los carruages escoltados partieron con su preciosa carga, salieron de la ciudad y tomaron el camino de Veracruz. El dia 26 de Noviembre fué trasportado el féretro á bordo del "Novara," el mismo buque que en Junio de 1864 habia conducido al emperador á México: entonces el navío estaba régicamente empavesado: hoy su camarote principal estaba cubierto de negros crespones: en el centro se habia construido un sarcófago sobre el cual se situó al cadáver, y en cuyo contorno ardian millares de cirios.

En la mañana del dia 16 de Enero de 1868 fué trasportado el cuerpo del archiduque, del "Novara" al puerto de Trieste adonde habia anclado la víspera, y de la rada á la estacion del camino de fierro.

La misma poblacion que hacia tres años y medio lo habia saludado allí con sus aclamaciones de júbilo, saludándolo emperador, hoy recibia el cadáver del regio ajusticiado, con un silencio mudo y un recogimiento religioso.

El lanchon que llevó el cadáver del "Novara" á tierra, estaba cubierto con un pabellon de paño negro. En el centro de él se elevaba una pira adonde iba la caja, y en la proa se levantaba un ángel en pié con las alas tendidas, y llevando una corona de laurel en cada mano. En la popa estaba la águila mexicana, y en los costados las armas de México y Austria.

De allí fué llevado al carro fúnebre, que partió en seguida enmedio de una inmensa comitiva para la estacion del ferrocarril, cruzando la ciudad enlutada y llena de una inmensa concurrencia.

A la una del dia partió el tren especial que llevaba el cadáver para Viena, adonde llegó á las ocho de la noche del dia 18 de Enero.

La nieve caia con abundancia, como si quisiera cubrir con su blanco tapiz la ciudad que iba á cruzar aquel emperador muerto. En toda la carrera por donde debia pasar la procesion fúnebre, habia una valla de lacayos con hachones de viento, y una doble hilera de lámparas.

El triste cortejo llegó al palacio á las nueve y media, y el féretro fué depositado en la capilla de cámara.

Allí lo aguardaba la madre del archiduque.

Apenas vió la caja mortuoria, se arrojó sobre ella, arrancó el manto negro que la cubria, y contempló el rostro de su hijo, lanzando un grito desgarrador. Cayó de rodillas, se inclinó sobre él, y cubrió de besos el cristal que resguardaba la cabeza del muerto, opacándolo con su fatigado aliento y con sus lágrimas. En el dolor de aquella madre debió haber un fondo amargo de remordimiento, si fué cierto que ella tambien le aconsejó que no abdicase.

A la media noche la caja mortuoria fué trasportada á la capilla imperial de corte, adonde fué colocada en un suntuoso catafalco, en el cual habia doscientos cirios ardiendo en candelabros de plata.

Allí permaneció todavía algunas horas espuesto al público, y se le hicieron las preces religiosas.

¡Pobre Max! hasta su cadáver estaba condenado á no gozar descanso, sufriendo una movilidad inesplicable!

Por fin fué llevado á la iglesia de Capuchinas, adonde lo recibieron el emperador de Austria, los miembros de la familia imperial y los representantes de todos los reyes de Europa.

Hecha la identificacion del eadáver, se entregó á los monjes, los cuales lo colocaron en el panteon, entregando la llave de la caja al intendente de palacio, para que fuera depositada en el tesoro de la corona.

Ni un mexicano habia concurrido á aquellas ceremonias. Todas las notabilidades del partido imperialista, los ministros, consejeros y altos empleados de Maximiliano, estaban en Europa, adonde habian ido huyendo de la justicia de la República; pero ninguno de aquellos hombres habian ido á tributar un homenaje de gratitud al emperador que les habia prodigado honores, oro y consideraciones. ¡Ellos, los que lo habian arrastrado á un trono y de allí á un cadalso, no se dignaban ir á ofrecerle un recuerdo!

Sobre la caja de bronce que encerraba el féretro, habia esta inscripcion:

FERDINANDUS MAXIMILIANUS,
ARCHIDUX AUSTRIAE,
NATUS IN SCHOENBRUUN,
QUI,
IMPERATOR MEXICANORUM ANNO MDCCCLXIV ELECTUS,
DIRA ET CRUENTA NECE
QUERETARI XIX JUNNI MDCCCLXVII
HEROICA
CUM
VIRTUTE INTERUIT.

Todo habia concluido.

La República estaba triunfante.

La bella, la inteligente emperatriz, perdía para siempre la razón.

Maximiliano, fusilado, era devuelto á su patria sin corona.

¡Descanse en paz el rey caballero!



